

te, no dejaré de hacerlo. Precisamente tú eres el hombre que yo necesitaba.» No sué vana su amenaza; que de allí á poco Indamora trajo una carta escrita de su mano para el rival de Arimanto, y mostrándola sin empacho á su celoso pretendiente, le pidió que la leyera, le dijese cómo le parecían sus torpezas, y la llevara luego él mismo á su destino. Tan descomedido empeño, eficaz á justificar la resistencia de Arimanto, le arranca estas palabras: «Deja que rompa ese papel, y no consientas que sea yo, cual Belerofonte, portador de mi propia sentencia.» Pero la dama le da la siguiente incomparable respuesta: «Bien puedes romperla si te place; pero no será cortés hacerlo, pues me obligarías en ese caso á escribirla de nuevo. Si sabes que más tarde ó más temprano acabarás por obedecer, ¿á qué luchar en vano contra el destino ahora?» El pobre de Arimanto parece al cabo convenir con la ingrata Indamora en que tiene razón; y después de recitar un parlamento sobre la fatalidad y el libre albedrío, sale de la escena mensajero de la carta.

En el *Emperador de las Indias*, Moctezuma ofrece una guirnalda en prenda de su amor á la hermosa Almería, y le propone tomarla por esposa y compartir con ella el trono. Pero hé ahí que le contesta: «Recibo la guirnalda, no como presente de vuestras manos, sino como agasajo debido á mis merecimientos y hermosura. La corona que me ofrecéis compartir conmigo no la quiero, que teniéndos por mi esclavo, ántes sería humillación para mí que no encumbramiento.» Para corresponder el Emperador amor tan fino, consiente sin dificultad en hacer morir á dos de sus hijos y á un bienhechor á quien profesa mucha gratitud.

Lindaraja, en la *Conquista de Granada*, emplea el

mismo tono altanero respecto de Abdelmelec. Pues cuando su amante le da quejas por las sonrisas tan dulces que otorga siempre á su rival, la morisca lo responde: «¿Acaso he renunciado á mi libertad y á mi poder completamente para que os creais dueño de mis menores acciones?»—«Al darme vuestro amor, le contesta su galán, me habeis dado con él ese derecho.»—«Tal vez; pero bien será deciros que si os hice tanto favor, como sólo de mi capricho depende revocarlo, desde ahora mismo quedais sin él.»—«Os odiaré de muerte y esta será mi última visita.»—«Hacedlo si podeis, que no seré yo quien ceda.»

No es nuestro ánimo criticar estos pasajes porque se falta en ellos á las conveniencias históricas y trasportan á Méjico y á Agra modos de ser que no han existido nunca, ni áun fingidos, excepto entre los caballeros europeos; que no hacemos objeciones á lo convencional, y poco nos hace al caso, por tanto, ver puritanos en Iliria y puertos de mar en Bohemia. Lo esencial es que los personajes sean cual deben ser; lo accesorio y de poca importancia el fondo del cuadro. Decía sir Joshua Reynolds, que las cortinas y colgaduras en los cuadros de historia no deben ser de terciopelo, brocado ni algodón, sino lisa y llanamente trapeados; y, á nuestro parecer, el mismo principio debería de aplicarse á la poesía y á la novela, cuyo primer objeto ha de ser la verdad de los caracteres, y el segundo la de los tiempos y lugares; como que no quisiéramos en modo alguno ver en nuestros días á un escritor eminente olvidarse de la naturaleza humana para contraer su atención á los detalles del mobiliario, del tocador ó de la cocina del personaje que nos presentara.

Entiéndase bien que no censuramos á Dryden por haber creado personajes moros é indios que no lo son, ni por haberlos representado de una manera impropia de las costumbres orientales ó americanas, sino por no haberlos creado verdaderos, que vivan y sientan como sienten y viven los seres humanos, y por haber representado al amor de una manera que no existe ni ha existido nunca. Demas de esto, las emociones todas de sus héroes son del propio modo que su amor, y sus cualidades, su valor, su generosidad y su orgullo gigantes tambien y extraordinarias; y como, por otra parte, la justicia y la prudencia son virtudes que sólo pueden existir con la moderacion, y que cambian de naturaleza y de nombre desde el momento que se las exagera, puédesse decir que Dryden, con dar excesivamente aquello que no daría en la medida exacta, niega del todo á sus favoritos la prudencia y la justicia; siendo, por tanto, los tiranos y los malvados que crea personajes idénticos en el fondo á los héroes de su invencion, sólo que retocados de algunas pinceladas parecidas á las que trocaron la honrada fisonomía de sir Roger de Coverley en cara de adusto morisco, porque, á pesar de su mal gesto y de su traza no nada tranquilizadora, se descubre y reconoce fácilmente cuya fué al principio.

Pero en las tragicomedias es donde más nos llaman la atencion estos dislates de Dryden, pues nos presenta en ellas revueltas y confundidas dos maneras de hombres, buenos y malos, ó, mejor dicho, ángeles y demonios, ofreciéndonos en espectáculo en cada escena seres licenciosos, soeces, torpes, egoistas, que no hablan nunca palabra de verdad, sin pudor ni vergüenza, y condenados, acaso en castigo de su infamia y de sus vicios, á no hablar

sino en prosa. Mas no bien trabamos conocimiento con los que hablan en verso, nos damos cuenta de que todos ellos son tales, que los Cathos y Madelons de Molière se habrian complacido en su trato, y que Oroondate les hubiera parecido frio amante y Clelia descomedida coqueta.

Y como Dryden no sabia dar interes á sus obras por aquellos medios que constituyen el mérito propio y especial del drama, necesitaba recurrir á otros expedientes para suplirlo en lo posible, siendo los más usuales en él las intrigas, disfraces, *quid pro quos*, diálogos descosidos, inesperados rescates, misterios maravillosos y extraordinarias revelaciones, no faltándole ingenio á las veces, merced á lo cual, por lo ménos, conseguía que fuesen muy amenas.

El mérito de sus tragedias lo fué Dryden, no sin falta de razon hasta cierto punto, al de la frase y metro propios de él, siendo esta probablemente la causa de que adoptase con tanto afan en un principio y abandonase con tanta pena más tarde la costumbre de redactar las obras dramáticas en versos rimados. Pues aquello que no es natural sino forzado, lo parece ménos bajo esta forma rítmica que cuando el poeta se vale de otras más parecidas á la conversacion usual; y como Dryden no tuvo nunca rivales en el arte de hacer el verso heroico, de ahí su natural inclinacion á ellos. Pero si nos parece inútil insistir en orden á los inconvenientes de una moda tan desacreditada hoy dia, bien será observar que aun cuando Dryden careciera del género de talento que tanto luce con el verso libre, y fuera sin duda ninguna quien mejor haya escrito el verso rimado en lengua inglesa, es lo cierto que aquellas de sus obras reputadas por las mejores de su repertorio

desde el punto mismo que aparecieron en la escena están en verso libre. Nos parece que nada puede ser más decisivo en favor del verso suelto.

Es indudable que hasta las peores tragedias de Dryden escritas en rima contienen bellísimas descripciones y magníficos trozos de retórica; mas aunque olvidemos que son obras dramáticas, y pasemos por sobre las inverosimilitudes propias del género, considerándolas sólo bajo el punto de vista del lenguaje, hallamos en ellas á cada paso párrafos ofensivos del buen gusto; costando mucho trabajo persuadirse de que un autor haya podido escribirlos y tolerarlos el auditorio, en vista del contraste que ofrece tan extraño la violencia insensata de la forma con la fría vulgaridad del pensamiento. El autor echaba la culpa de todo al público, y añadía en su descargo personal que cuando produjo aquellas obras le parecieron suficientemente malas para caer en gracia; defensa, suponiendo que lo fuera, impropia de un hombre de talento, pues Otway agradaba mucho sin caer en el defecto de las declamaciones exageradas, y á Dryden le hubiera sucedido lo propio á poseer las facultades de Otway; siendo lo cierto del caso que siempre tuvo tendencias á exagerar; que cedió algo su defecto á influjo de la reflexion y del tiempo; pero que nunca desapareció enteramente, advirtiéndose hasta en aquellos de sus escritos destinados á satisfacer otras aficiones que no las de grosera muchedumbre congregada en el teatro.

No faltan críticos indulgentes que han estimado este defecto por muestra de talento, calificando la profusion de riqueza extraordinaria y el desorden de vigor exuberante. Mas, por lo que hace á nosotros, entendemos que ántes parecen tales vicios

oropeles de pobreza vana ó espasmos y convulsiones producidos de la debilidad. Pues Dryden no tenía ciertamente más imaginacion que Homero, Dante ó Milton, los cuales no cometieron nunca faltas como las suyas; ni frase tampoco más opulenta y magnífica que la de Esafas ó Esquilo, cuya manera grandilocuente así se parece á la de Almanzor ó de Maximino, como el músculo vigoroso bajo los tejidos á la hinchazon de un tumor; que si el uno indica fuerza y salud, el otro es síntoma de achaques y de anemia. Shakspeare no declama por hábito, y cuando lo hace, no es porque lo arrastre la imaginacion, sino porque á virtud de esto quiera espolearla cada vez que su espíritu decae, aconteciéndole lo propio que á Eurípides, de quien decian los antiguos que parecía en casos tales un leon azotándose las ancas con la cola para excitar su bravura y su fiereza. Pero lo que sucedía raras veces á Shakspeare al sentir cansancio en sus facultades, era en Dryden constante por efecto de habitual imposibilidad, hallándose, por tanto, en el caso de su colega Lee, el cual, si tuvo buen criterio para juzgar y corazón para sentir y extasiarse contemplando la sublime audacia de los grandes poetas de la época precedente, careció de la prudencia necesaria para evitar luchas, competencias y comparaciones con ellos, persuadiéndose muy tarde ya de que aquel género pertenecía como tantas otras cosas á tiempos pasados, diferentes de los suyos, que requería facultades que no las propias de él, y que perseverando en la pretension de imitarlo consumía en desesperadas tentativas el talento que, á ser empleado en obras distintas, siguiendo rumbo diverso, le habría conducido á ocupar un alto asiento en la república de las letras. Mas de idéntico modo que se ha visto

á ciertos profetas trapaceros en Francia perseguir la inspiracion remedando los espasmos, desmayos y convulsiones que les parecían sintomáticos de ella, así Dryden se proponía también lograr accesos de furia poética, entregándose al entusiasmo ficticio, sin conseguir, no obstante, otra cosa después de los mayores esfuerzos, sino desfigurarse á vueltas de retoques y perfiles interminables.

Horacio compara ingeniosamente los que imitaban á Pindaro en su tiempo con el jóven inexperto que intentó lanzarse á volar por el espacio con alas de cera, y cayó luego tan lastimosa y tristemente; peligro este de que le preservó su admirable buen sentido, inclinándolo siempre á cultivar aquel estilo cuya perfeccion se hallaba en sus manos y podía conseguir sin esfuerzo extraordinario y sin peligro de caer desplomado en los abismos. Pero Dryden no se conocía tan bien; y como veía que los poetas renombrados de todos los tiempos alcanzaron sus mayores triunfos precisamente por traspasar las lindes ya establecidas, y que no cayeron, sin embargo, acaso á virtud de inexplicable prodigio, cuando parecían vacilantes en los límites de lo absurdo, los imitó, sin advertir que aquellos genios fueron guiados y sostenidos de un poder misterioso que le faltaba, y que no escribían sino al dictado de su imaginacion, hallando eco en la de los demás, mientras él por el contrario tomaba la pluma para buscar á fuerza de reflexiones y de argumentos la mejor manera de forjarse un frenesí razonado y una exaltacion deliberada y artificial.

Recordamos á este propósito que repasando cierta vez las estampas de un magnífico ejemplar del *Fausto*, atrajo principalmente nuestra vista la que representa el mágico y el demonio tentador á todo

el correr de sus caballos, porque va el diablo con tanto abandono y descuido, á pesar de la carrera casi desenfadada del bruto que monta, cual pudiera estarlo sentado en ancho y cómodo sitial, antojándose imposible desde luego que se sostenga en esa postura de no hallarse protegido de su naturaleza sobrehumana contra todo peligro. Fausto, por el contrario, se tiene como jinete consumado y con todas las reglas del arte de la equitacion. Así acontece á los poetas de primer orden, que pueden escribir impunemente como Mefistófeles correr á caballo; mas Dryden, á pesar de ser depositario de algunos grandes secretos de los espíritus superiores, de hallarse revestido de alguna parte de su poder, y de comunicar en algun modo con ellos, como era de otra raza, sólo cometiendo un acto de locura podía emprender siquiera lo que sus modelos ejecutaban sin peligro ninguno, habiendo menester de mucho caudal de ciencia crítica y de buen gusto para suplir á lo que le faltaba.

Pondremos algunos ejemplos. Nada más bello que la descripcion de Héctor frente al baluarte de los Griegos al final del libro XII de la *Ilíada*:

•Héctor á lo interior del alto muro
saltó gozoso, y á la negra noche
su aspecto semejava, y relucía
en hórrido esplendor el fino bronco
de la armadura, y en la fuerte mano
dos ástiles blandía. Y á su encuentro
aunque hubiera salido el más valiente,
nadie, á no ser un Dios, le detuviera;
que ambos sus ojos en furor ardían.
Y vuelto al escuadron, á sus guerreros
aguijó á penetrar dentro del muro;
y á su voz obedientes le saltaron
unos, y por las puertas en torrentes
otros se derramaban; y los Griegos

á sus naves huían, y el tumulto se siguió en todas partes clamoroso.» (1)

¡Qué frases tan atrevidas y qué pintorescas, no obstante, y significativas! Parece, leyéndolas, que vemos á Héctor erguirse vigoroso y fuerte, llevando en la frente las sombras de la noche, y en los ojos el rayo, y en las manos el venablo, y el ancho pecho cubierto de armadura reluciente; y luégo, la irrupción enemiga invadiéndolo todo por puertas y caballetes, y la fugitiva muchedumbre; y como lo vemos, para nosotros vale por la realidad. En cambio Dryden, al describir en Maximino un suceso parecido, y proponerse llegar á la sublimidad, dice: «Lucha el guerrero con un bosque de lanzas, y se iergue, como Capaneo, retando á Júpiter, y á impulsos de su brazo siega la cerviz de los más bizarros con su fuerte y ancha espada, hasta que al cabo, viéndolo el Destino, palidece, y temeroso de que gane la ciudad, vuelve las hojas de su libro de bronce y graba en ellas nuevos augurios ó corrige aquellos cuyo error se ha comprobado.»

Recordemos también las bellísimas imágenes que abundan en las canciones de las hadas de la *Tempestad* y del *Sueño de una noche de verano*: Ariel, por ejemplo, caballero en el murciélago, á través del crepúsculo, ó libando el cáliz de las flores con las abejas, y las acompañantas de Titania echando las arañas del lecho de la reina! No sin razón decía Dryden: «La magia de Shakspeare es inimitable, y sólo él puede penetrar en el círculo encantado.» En efecto, así era, y Dryden, que lo decía, hubiese procedido con mucha cordura no pisando los umbra-

(1) Los versos que anteceden están tomados de la traducción castellana de Gomez Hermosilla.—N. del T.

los del reino misterioso de Shakspeare, siquiera por temor de merecer el castigo reservado en legendarias tradiciones á los que tal cosa hicieran movidos de temeraria presunción. Hé aquí ahora un fragmento de la canción de las hadas de Dryden: «Risueñas y alegres partimos del Oriente, bañadas en las ondas de luz del arco Iris, y nos elevamos á incommensurable altura, remontando el vuelo por entre los rayos de la pálida luna sostenidas del viento, y despues de posarnos un espacio, leves y tenues como el vapor del rocío condensado, en los suaves y blandos contornos de blanca nube, medrosas de caer desde allí sobre la tierra, nos deslizamos en las estrellas errantes por el éter cual si resbalásemos por la tersa superficie de un lago, y llegamos á este planeta trasformadas en sutilísima lluvia de amor.» Parécenos bastante la muestra para juzgar del estilo de Dryden, y cuenta que, aun siendo como es, sus mismos defectos se antojan en el caso presente bajo el mejor aspecto; que quien se proponga conocer lo peor de él puede leer los discursos de Maximino moribundo, y compararlos con las últimas escenas de Oтелo y del rey Lear.

Si Dryden hubiera muerto ántes de concluir la primera de las dos épocas en que á nuestro parecer se divide su existencia literaria, la reputación que habria dejado no sería superior á la de Lee ó de Davenant; pues lo hubieran conocido sus colegas futuros y hablado de él como de quien pasó la vida empleando en asuntos que no consiguió dominar nunca, las facultades intelectuales que, bien dirigidas á los fines de su aptitud, habrían sido eficaces á elevarlo al rango más principal en la república de las letras, y asimismo hubiesen añadido que si su dición y su ritmo fueron á las veces de mérito so-

bresaliente, quedaron oscurecidas todas sus obras en fuerza del dudoso gusto que las preside y de las negligencias y groseros errores que las desmerecen; bien que acaso hubieran recordado con elogio algunos de sus prólogos y epilogos, cosas ambas en las cuales mostró siempre las aptitudes y el talento que hicieron de él, andando el tiempo, el primero de los poetas satíricos de la época moderna.

Pero durante la segunda parte de su vida fué apartándose poco á poco del teatro; escribió dramas muy de tarde en tarde; renunció al metro en las tragedias; cambió de estilo, despojándolo hasta cierto punto de ampulosidad; reformó los caracteres, haciéndolos ménos exagerados; y si no llegó á producir obras en las cuales apareciese fielmente representada la naturaleza humana, dejó de animar con vivos colores las monstruosas quimeras que tanto abundan en las composiciones de su primera época. Solemos hallar en las obras dramáticas de Dryden rasgos dignos de los mejores tiempos del teatro inglés; pero como el estilo del drama debe cambiar con los cambios de personas y de situaciones, por eso los verdaderos dramáticos varían la manera de escribir, adaptándola siempre á la diversidad de los casos; mas el autor que sólo sobresale y brilla en una manera, no parecerá bien ni bueno, sino en los momentos y circunstancias en que su estilo se adapte á la situacion, aconteciéndole lo propio que á las agujas de un reloj parado, las cuales sin necesidad de movimiento indicarán la hora dos veces al dia tan exactamente como el mejor cronómetro. Algunas ocasiones, por ejemplo, hallamos en Dryden ciertas escenas de tan solemne discusion que un retórico habria podido escribirlas del propio modo que los mejores poetas trágicos. Cita-

remos en prueba de esto el discurso de Sempronio en *Cato*, el cual no desmerece ciertamente de una obra de Shakspeare; pero cuando se levanta la sesión, y caemos en la cuenta de que damas y galanes, el héroe y el malvado, todos, en una palabra, pronuncian discursos en el mismo estilo, entónces comprendemos la diferencia que media entre los hombres capaces de escribir dramas y los que sólo saben escribir discursos. Del propio modo, el ingenio y el talento descriptivo y el narrativo pueden pasar momentáneamente por númen dramático. Dryden, vg., razonaba en verso de admirable manera; pero lo sabía, y se preciaba de ello, y con justicia lo censuraron á causa de haber abusado de su talento, pues los guerreros, lo mismo que las princesas forjadas de su fantasia, tenían la pasion de disputar sobre asuntos de casuística sentimental de manera tan alambicada y sutil, que hubiesen hecho las delicias de las cortes de amor, y á las veces tambien iban más lejos remontando más el vuelo, como que unos y otras solian empeñarse en laberínticas especuaciones acerca de la idea filosófica de la necesidad y origen del mal.

Sin embargo, como en ciertas ocasiones era de absoluta necesidad este género de talento, entónces Dryden se hallaba en su centro. Tanto es así, que la totalidad de sus mejores escenas pertenece al modo indicado, pasando todas entre hombres solos, pues los héroes de Dryden, como tantos otros caballeros, no pueden hablar nunca formalmente si hay señoras delante. Ni tampoco á su parecer podrian desarrollarse las escenas indicadas de otra manera, tratándose nada ménos en ellas que de mostrar el imperio de la razon sobre la violencia de las pasiones. Los interlocutores son dos: uno par-

cial y apasionado, y otro prudente, tranquilo y lleno de nobleza y buen sentido. Trabada la disputa, el personaje discreto va tomando ascendiente sobre su contrincante; primero, excitándolo á fuerza de invectivas; despues, imponiéndose con su calma; luégo, persuadiéndolo con sus razonamientos, y por último, dejándolo reducido y tranquilo. Tales son las escenas entre Troilo y Héctor, Antonio y Ventidio, y Sebastian y Dorax, y tan superiores en su género, que ni Shakspeare mismo ha producido cosa parecida como no sea la disputa entre Bruto y Casio, que vale por sí sola más que las tres obras citadas de Dryden.

Algunos años ántes de su muerte, renunció Dryden completamente á escribir para el teatro, imprimiendo á sus facultades nuevo rumbo con éxito brillante y decisivo. Pues como el buen gusto hubiera despertado en él la facultad creadora, no pudiendo ya llegar al primer rango en la poesia, pretendió y obtuvo el asiento más principal en el segundo; que su imaginacion, al modo de las alas del avestruz, inútiles para remontar el vuelo, pero eficacisimas auxiliares en la carrera, si cuando queria elevarse á ciertas sublimidades no le servia sino á ponerlo en ridículo, cuando se mantenía quedo en más modestas regiones aventajaba sin esfuerzo á todos sus rivales.

Pero si las facultades naturales y adquiridas de Dryden conspiraban todas á que fuese fundador de buena escuela de poesia crítica, como quiera que llevó acaso las reformas demasiado léjos para su tiempo, cuando pasó él de esta vida y faltó su apoyo, retrogradó la literatura inglesa, necesitándose cerca de un siglo para reponerla en el punto mismo en que la dejó al morir. Y si su constitucion intelec-

tual, sólida y sana, su instruccion más extensa que no profunda, su ingenio igual por lo ménos al de los discípulos más aventajados de Donne, y su elocuencia tranquila, solemne y autorizada, no pudieron ser eficaces á evitarle vergonzosas humillaciones siempre que pretendió igualarse á Shakspeare, si lo fueron en gran modo para que aventajase á Boileau. Pues sabía manejar la lengua inglesa de tan admirable manera, que con él se perdió en su patria el secreto de la clásica dición poética y del arte de producir grandes efectos por medio de palabras y frases familiares; llegando á ignorarse tan de todo en todo el siglo siguiente, cual aconteció con el arte de pintar sobre cristal, en que los antiguos tanto florecieron, supliendo mezquina y pobremente á tanta belleza los mosaicos laboriosos de imitadores como Mason y Gray. Demas de esto, puédesse decir que fué Dryden el primer escritor que tuvo habilidad para introducir el vocabulario científico en versos naturales y agradables, con tanto éxito cual su contemporáneo Gibbons realizaba la empresa igualmente difícil de tallar las flores más delicadas en un pedazo de madera, cediendo bajo su pluma y tornándose suaves y armoniosas las partes más duras y ásperas y desapacibles de la lengua inglesa. Del propio modo en su versificacion campea el primer modelo de la regularidad y exactitud, á las cuales dió tanta importancia la siguiente generacion, y uno de los últimos ejemplos de belleza, soltura y variedad en las pausas y cadencia del verso; debiéndose añadir que sus tragedias rimadas, por desprovistas que se hallasen de mérito en sí mismas, le sirvieron al ménos como al músico esas palabras que sólo tienen ritmo, y carecen por completo de sentido, llamadas *monstruos* en jerga de bastidores,

para enseñarle cuántos recursos de armonía pueden contener los alejandrinos. Y como por otra parte los nuevos asuntos á que consagró su ingenio tampoco dejaban mucho espacio al énfasis, y su gusto se había depurado, renunció á este su defecto capital.

Ya hemos dicho que Dryden poseía en grado superior el talento de razonar en verso, y añadiremos ahora que le fué singularmente útil. Porque si no es siempre sana su lógica, ni da muestras de ser muy entendido en las materias teológicas y políticas que trata en verso, y sus argumentos carecen á veces de fuerza y valor, la manera que tiene de plantearlos y desarrollarlos excede á los mayores elogios. Pues razona siempre ingeniosa y correctamente y en estilo trasparente y claro cuando está en vena, enlazando las proposiciones por manera felicísima, y exponiendo las objeciones de tal modo que reciban de lleno el fuego de la réplica; las perifrasis que reemplazan las expresiones técnicas son exactas y precisas, y los ejemplos están bien escogidos para exornar y explicar al propio tiempo el discurso, y los emplea con fortuna sin igual para dar atractivo y sazón á lo vulgar ó insipido y luz á la oscuridad.

Era grande su fe literaria y, por decirlo así, rayana del latitudinarismo, no por falta de sagacidad, sino por sobra de cierta predisposición natural á satisfacerse fácilmente; y como tenía viveza de ingenio para descubrir con prontitud el más leve destello de talento, mostrábase indulgente hasta con las irregularidades groseras si aparecían acompañadas de él. Pues cuando le ocurría decir una frase dura, lo hacía con fines pasajeros y del momento, para sostener su opinión ó para molestar á un rival; pero nunca se vió crítico más experto y hábil que

fuera ménos soberbio, ni que se hallara tampoco ménos contagiado de vanidad ni de orgullo; porque gustaba de los antiguos poetas, principalmente de Shakspeare; admiraba el ingenio de que abusaron Donne y Cowley; hacía justicia á Milton en medio de la indiferencia general de sus compatriotas, y ponía por las nubes los primeros versos de Addison; y considerando siempre las cosas de una manera optimista, no sólo admiraba la extravagancia en gracia del caudal de invencion que suponía y disculpaba el énfasis en gracia del ingenio, sino que hasta toleraba la trivialidad en gracia de la corrección si la tenía.

Probablemente á este modo de ser ántes que á razones ménos respetables, como deja entrever Johnson, debe de atribuirse la exageración extraordinaria que afea los panegíricos de Dryden. Porque si bien ningún escritor extremó tanto la lisonja en las dedicatorias, no fué así, en nuestro sentir, por interesado servilismo, sino por desahogar su espíritu, singularmente predispuesto á los arranques de admiración, á suavizar y atenuar el vicio, y á enaltecer y magnificar la virtud y los merecimientos. Pero el más adulator de sus proemios fué aquel en que dedicó *El estado de inocencia* á María de Módena, respecto del cual dice Johnson que no comprende cómo su autor, despues de haberlo escrito, no sintió asco de sí mismo, sin advertir acaso que en el cuerpo de la misma obra se contiene un elogio de Milton, cuya lectura debía producir extraordinario desagrado en la corte del rey Carlos II, elogio tanto más irritante á la sazón, cuanto que muchos años despues, y cuando comenzaban á prevalecer los principios *whigs* y la faz de las cosas había cambiado mucho, sólo porque se citaba el nombre del

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

autor del *Paraiso perdido* en una losa sepulcral dedicada á la memoria de John Philips, Sprat se negó á consentirla en Westminster, manifestando que no toleraría se mancharan las paredes de su iglesia con el nombre de un republicano. Pero si Dryden era devoto de la corte por inclinacion y por principios, nada podia ser eficaz á reducirlo al silencio tratándose de su entusiasmo por el genio. De aquí que no estemos dispuestos á juzgarlo severamente cuando advertimos que la misma natural inclinacion que lo movió á declarar su entusiasmo tan espontáneo y generoso á la memoria de un poeta detestado de sus protectores, le inspiró las más singulares y extrañas extravagancias contemplando el retrato de una princesa celebre por su hermosura, sus modales y la gracia encantadora de su persona.

Más si era bueno el natural de Dryden, no es así la bondad de los grandes hombres, porque donde quiera que hallamos la elevacion de carácter la vemos asociada en cierta medida y en cierto modo á una dosis más ó ménos considerable de amor propio, de vanidad y de aspereza, siendo sólo las novelas y las losas sepulcrales los lugares en que descubrimos rasgos propios de personas que fueron indulgentes en vida con el prójimo y rígidas é inexorables consigo mismas. Pero de todas maneras, es lo cierto que, aún siendo amable y bueno el carácter de Dryden, no debemos clasificarlo entre los héroes cuyas excelencias se consignan en estilo romanesco ó lapidario, pues si gratificaba liberal y pródigamente con su caridad á todo el mundo, comenzaba por aplicársela á sí propio en gran medida. No le faltaba buen gusto, á decir verdad, y sus obras de crítica son indudablemente y sin género alguno de duda superiores á cuanto hasta entón-

hubiera parecido en Inglaterra; pero como ántes las destinaba en su concepto á servir de alabanzas de sus poesías, que no á exposicion de principios generales, hizo los mayores esfuerzos por deslumbrar al lector con sofismas que á él no engañaban ciertamente, siendo sus discursos de abogado, no de juez, y á las veces de abogado defensor de mala causa. Sin embargo, aún en los casos aquellos en los cuales fija y establece Dryden las pragmáticas del arte de una manera errónea, demuestra cuán bien las comprende, sólo que como siempre pecaba contra sus convicciones, tenía la esperanza de que se le perdonaran sus malas obras á virtud de las buenas, sin que por eso hiciera tampoco nunca la menor cosa para corregir y mejorar lo bien ejecutado, al contrario de los hombres superiores que generalmente no se hallan satisfechos jamás de sus mejores producciones. Y bien será decir á seguida que no era su ideal de perfeccion imposible de alcanzar, ni tan elevado y sublime que su contemplacion continua lo perturbara, pues nunca percibió su espíritu esos espejismos de inaccesible belleza que suelen ver con el alma los artistas, y que los suspenden y arrebatan, persiguiéndolos constantemente sin alcanzarlos nunca. Las negligencias de otros no le causaban mal efecto, y esta su benevolencia la extendia sin reparo á sus propias obras; aconteciendo que como no era cuidadoso y ántes gustaba del brillo que no del esmero, la mayor parte de sus composiciones ofrecen el espectáculo de una manera de magnificencia semejante á la de ciertos boyardos rusos que van cubiertos de diamantes y de insectos, y que traen sucia la camisa y pieles de inestimable valor. Pero aún cuando el tiempo y la reflexion hicieron desaparecer en gran parte de sus poe-

mas los defectos propios del culteranismo, persistió hasta el fin en ser desaliñado, y si al término de su carrera le acontecía incurrir en ménos descuido, consistía esto únicamente en que la práctica de la composición le había dado la facilidad necesaria para evitar en cierto modo el peligro. Así y todo, hallamos en sus mejores producciones rimas irregulares, dísticos con el añadido de un tercer verso, intruso destructor de la armonía; hemistiquios eternos y alexandrinos de catorce y diez y seis sílabas.

Tales son las faltas y las bellezas que hallamos esparcidas profusamente por las últimas obras de Dryden; méritos y defectos de estilo y facultades naturales y adquiridas de que dan más completa y exacta idea su *Labrador y la Pantera* que ninguna otra de sus obras, por ser este poema didáctico muy superior á la *Religio Laici*; que su parte satírica y sobre todo el retrato de Burnet no son en nada inferiores á los principales pasajes del *Absalon* y *Aquitofel*, y contiene arranques de ternura que nos conmueven y agitan en fuerza de naturalidad y efusión, recordándonos las mejores escenas de sus tragedias. Mas áun cuando es elevado el tono de sus versos y guarda perfecta relación con el asunto en todo, y la riqueza de lenguaje parece ilimitada, el descuido en la trama de la intriga y las innumerables inconsecuencias que comete merman el placer que proporcionan tan múltiples y varias perfecciones.

Al escribir Dryden el *Absalon* y *Aquitofel* dió en un filón rico y nuevo que supo explotar con éxito extraordinario. Pues los antiguos satíricos, como vasallos de gobiernos despóticos, hubieron de renunciar á los asuntos políticos, contrayéndose á las flaquezas y miserias de la vida privada; y aunque á

las veces solían hacer blanco de sus burlas á los hombres públicos, para esto era necesario que ya estuvieran enterrados,

Quorum Flaminia tegitur cinis atque Latina.

Así es como Juvenal immortalizó á los senadores obsequiosos que se reunieron para deliberar en órden á lo que debería de hacerse con el famoso rodaballo. Su cuarta sátira nos recuerda el gran poema político de Dryden; pero bien será decir que no la escribió hasta despues de la caída de Domiciano, y que le falta ese sabor especial propio y exclusivo de la invectiva contemporánea, pues la cólera de Juvenal esperó tan largo tiempo á tener salida, que al fin pareció rancia y pasada. Boileau tenía las mismas trabas; pero aunque no fuese así, no se hallaba en condiciones de luchar con el inglés, el cual se aprovechó de todas las ventajas que le daba la índole del asunto para perfeccionar la obra, cuya ejecución casi es perfecta. Y en tanto que Horacio y Boileau no convienen por su estilo sino á temas ligeros, habiendo sido escaso el éxito del francés al proponerse traducir en verso los razonamientos teológicos de las *Lettres provinciales*; que parece fría la tersura de Pope y pálido el fuego de Perseo, y raro encontrar en versificación grandilocuente y en combinaciones ingeniosas la expresión y la vida de sentimientos profundos, Dryden y Juvenal se nos presentan con calor y brillo, habiendo logrado entrambos grandes autores satíricos comunicar el fuego de sus emociones á las materias más rebeldes y frías, inflamando sus obras en una llama que devora y deslumbra. No sin pena, en verdad, pensamos al llegar á este punto en el partido que adoptó Dryden como escritor en las polémicas de su tiem-

po, porque si había corrupción, desórden y locura en ambos campos, de una parte se hallaba la libertad y de otra la tiranía. Empero no insistiremos acerca del particular, pues del propio modo que los soldados ingleses y los franceses suspendieron un espacio la batalla en Talavera para beber del agua cristalina que corría por un arroyo medianero de ambos ejércitos, y que los enemigos apagaban la sed juntos sin temerse ni atacarse, nosotros preferimos convidar á nuestros adversarios políticos á que reconforten y calmen el espíritu con nosotros en el manantial de los placeres intelectuales, que debe servir para refrigerio de los combatientes de ambos bandos, á enturbiarlo á fuerza de invectivas y de recriminaciones acerbas.

Macflecnoe no cede al *Absalon* y *Aquitofel* en mérito, sino en la elección del asunto, pues en cuanto á la ejecución acaso le sea superior. Pero la obra más hermosa y acabada de Dryden es la última que produjo, titulada *Oda á Santa Cecilia*, monumento de la poesía de segundo orden, digno por todos conceptos de figurar despues de los grandes modelos, y que nos recuerda el tercer caballo de Aquiles, de raza mortal, pero que seguía, no obstante, á los divinos (1). Comparando esta oda con las insul-

- (1) El auriga
obedeció á su yez, y diligente
unció bajo del yugo á Jauto y Balio,
que en correr á los vientos igualaban,
del Zéfiro nacidos y la Harpia
Podarga, que del mar en la ribera
pació descuidada cuanto vista
por el Zéfiro fué. Juntó con ellos
al ligero Pedaso, que de Teba,
la ciudad de Etion, Aquiles trujo
cuando fué por su brazo conquistada;

ses declamaciones de las tragedias heroicas, púedese medir y calcular el progreso realizado por Dryden, advirtiéndose desde luégo que ya no gustaba de competir con los ingenios de un orden superior, sino que se mantenía discretamente á cierta distancia de la pendiente que conduce al énfasis y á la sonora vacuidad, sin aventurar jamás palabra que no expresara con exactitud una idea clara y distinta. Ya no advertimos en sus versos las *tinieblas visibles* que ántes los envolvían, y que solamente pueden emplear con éxito los poetas de primer orden; todo en su estilo es claro, significativo y pintoresco, y si sus primeros trabajos parecen las obras gigantescas de aquellos jardineros chinos que aguzan su entendimiento para rivalizar con la naturaleza, construyendo montañas escarpadas y cataratas cuya elevación y estrépito pongan miedo; y plantando bosques cuya grandeza y hermosura iguale la de las selvas vírgenes de América, luégo abandonó esta manera, sin adoptar por eso el sistema holandés introducido en Inglaterra por Pope, y á virtud del cual todo resulta regular, simétrico y á escuadra, sino más bien el de sus compatriotas los Kents y los Browns, los cuales, inspirándose en los grandes paisajes, sin pretender igualarlos, consultando la fisonomía de los lugares, auxiliando la naturaleza y encubriendo su arte, llegaron á crear, no nuevos Niágaras y Chamounix, sino parques deliciosos como el de Stowe y de Hagley.

Todo bien considerado, casi deploramos que no realizara Dryden su proyecto de escribir un poema

y aunque nació mortal, veloz seguía
á los otros caballos inmortales.

Ilíada, xvi.

épico. Pues si la obra no hubiera sido ciertamente del orden más elevado, ni podido rivalizar con la *Iliada*, la *Odisea* ó el *Paraíso perdido*, habría tal vez aventajado las producciones de Apolonio de Rodas, de Lucano y de Estacio, é igualado la *Jerusalén libertada*. La relación hubiese sido vigorosa y firme, inspirándola el mismo espíritu de las leyendas antiguas, enriqueciéndola brillantes descripciones y exornándola discursos y digresiones á cual mejores, si bien es cierto igualmente que al ejecutar Dryden esta obra hubiera corrido peligro de remontarse acaso demasiado, de ceder con sobrada frecuencia, por ejemplo, á su manía de evocar los ángeles de los diversos reinos y de hacerlos hablar, y de trabar una lucha con el famoso poeta que logró en su tiempo representarnos de una manera tan incomparable los espectáculos y hasta los rumores más misteriosos del otro mundo, sin advertir que sólo Milton pudo conocer los secretos del abismo, la ribera de azufre, el océano de fuego, los alcázares de las dominaciones derrocadas, resplandecientes al través de la eterna sombra; el silencioso desierto nemoroso, donde duermen acariciados de la brisa perfumada los primeros amantes, mientras velan ángeles armados; el pórtico guarnecido de pedrería, el mar de jaspe, los pavimentos de záfiro, enrojecidos de rosas celestiales, y las innumerables cohortes de querubines resplandecientes de acero y oro; y que las únicas escenas ocasionadas á su talento y que restaban por describir, después de Milton, eran los concilios, los torneos, las procesiones, las catedrales pobladas de fieles, los campamentos y las armerías.

Pero, aunque tarde acaso, advertimos que nos falta espacio suficiente para examinar todas las

obras de Dryden, y esta consideración nos hace desistir de hacer apreciaciones acerca de las que no llegó á ejecutar, diciendo, sin embargo, ántes de dar de mano á nuestro trabajo, que tuvo admirable talento, del cual abusó con mucha frecuencia, y buen juicio, de cuyos consejos no hizo nunca mucho caso; que solamente sobresalió en una rama secundaria del arte, si bien de un modo extraordinario, y que á ser su carácter más independiente, y su ingenio más apasionado de lo bueno y de lo bello, y á sentir más respeto hácia sí mismo, con más conciencia de su dignidad, habría podido llegar á la perfección absoluta por la senda que siguió.